

## **VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA**

(...) podemos declarar la metáfora evangélica, diciendo en primer término que los cristianos, si quieren ser sal de la tierra, han de ser en el mundo como la sabiduría viviente de Dios, y lo han de ser en el sentido más lleno y profundo de la palabra, pues no sólo han recibido la sabiduría contenida en la ley Antigua, sino la plenitud de la sabiduría que el Verbo de Dios se dignó revelarles. Han de ser como Evangelio viviente en medio de los hombres; toda su vida interior y exterior, desde el pensamiento más recóndito hasta la palabra y la acción más exteriores, ha de ser profundamente evangélica y, por lo mismo, franca confesión del Evangelio a la faz del mundo. Así es como serán verdadera sal y no sal corrompida que ha perdido su sabor.

Este primer sentido que encierran sin la menor duda las palabras de Jesucristo se declara y amplía añadiendo, conforme a la norma de interpretación establecida, que así, viviendo el Evangelio, los cristianos se preservan a sí mismos y preservan a los demás de toda corrupción. Las sendas de la sabiduría divina son sendas de pureza incorruptible e incontaminada. El cristiano ha de ser gemen incorruptible de incorrupción en medio del mundo corrompido. La pureza del cristiano ha de irradiar pureza en el mundo. Y cuando decimos pureza entendemos esta palabra en el sentido más amplio y más profundo. Toda corrupción espiritual es antitética a la profesión del cristiano.

Sin detenerme a amplificar estas ideas que tanto invitan a hacerlo, ni abandonar el camino que llevamos, podemos añadir, con la seguridad de seguir descubriendo la verdad que Jesús quiere enseñarnos, que el cristiano, para ser sal de la tierra, ha de convertirse en colaborar de su Redentor divino y para esto ha de vivir.

La obra de Cristo consistió sustancialmente en establecer la nueva Alianza entre los hombres y su Padre celestial. Para esto vivió y murió. Ya la vocación del cristiano es vivir en esa alianza nueva y procurar que todos entren y vivan en ella. Hasta tal punto ha de procurarlo, que, en cuanto le sea posible, a todo, lo suyo y lo ajeno, imprima el sello del espíritu evangélico, para que todo sea ofrenda agradable a Dios.

No es necesario detenerse en probar con nuevos argumentos que las palabras: *Vosotros sois la sal de la tierra*, tienen por lo menos el

alcance que acabamos de ver. La sola armonía que debe existir entre esa frase de Jesucristo y el sentido corriente de la metáfora que emplea nos basta por ahora. Pero sí conviene que advirtamos cómo nuestro Señor refuerza su metáfora con palabras de una energía suprema para inculcar mejor y para hacer sentir la obligación gravísima que tenemos todos de seguir su enseñanza.

Porque no se contenta con decirnos: *Vosotros sois la sal de la tierra*, sino que añade: *si la sal se desvaneciese, ¿con qué será salada? Para nada vale ya, sino para ser tirada fuera y pisoteada de los hombres*. Todavía expresa con más fuerza esta misma idea en el pasaje de San Lucas a que antes aludimos, pues dice así: *Buena es la sal, pero si la misma sal se desazonare, ¿con qué será sazonada? Ni para la tierra ni para el estercolero es de provecho: fuera la tiran* (Lc. 14,34).

Así describe la triste suerte de quienes dejan de ser sal de la tierra o, lo que es igual, dejan de cumplir la gravísima obligación contenida en la figura de la sal.

La decadencia espiritual del cristiano lleva al término doloroso que aquí se describe. Quien estaba llamado a ser reflejo vivo de la sabiduría divina, a preservarse y preservar a los demás de toda corrupción, a estrechar la alianza de Dios con las almas, viene a convertirse en algo tan inútil y tan despreciable, que, como dice el Señor con expresión de suprema energía, no sirve ni para el estercolero. Más aún, si hay, como creemos, una alusión a la eterna condenación en las palabras *fuera la tiran*, pues es modo de hablar con el cual en otras ocasiones expresó el Señor la desdichada suerte de los condenados, amenaza el divino Maestro benignamente a cuantos dejan de ser sal de la tierra, con los supremos castigos, que más de intento El mismo describió mil veces en sus predicaciones, para forzar amorosamente a sus oyentes a seguir estas sus enseñanzas divinas. Los que debían ser incorruptibles y preservar de la corrupción, vendrían a ser, abandonando su vocación, la corrupción misma, y serían arrojados a donde se amontona todo lo más corrompido de la creación, al acervo de los réprobos.

Imposible es que la sal, siendo sal, deje de salar, y así es imposible que quien ha recibido el Evangelio, y vive según él, deje de tener y dar sabor de Evangelio. Pero como la sal puede dejar de ser sal, corrompiéndose íntimamente, así el cristiano puede decaer de su gloria y corromperse en su corazón. ¿No lo hemos visto y llorado mil veces? ¿No lo conocemos quizá por propia experiencia? A esta

desgracia se refiere de un modo expreso el Señor en las frases que comentamos, subrayando delicadamente la dificultad de volver a la vida evangélica que se crean a sí mismos los que, después de haber sido iluminados y haber alcanzado trabajosamente la virtud, vuelven atrás y se entregan al pecado.

Pero al mismo tiempo alude a otras consecuencias más generales, insinúa otros males que se siguen de que la sal se desvanezca, se desazone, pierda su sabor. ¿Quién preservará a las almas de la corrupción, quién les dará sabor de Dios, si la sal que Dios ha preparado para ello se corrompe y acrecienta la corrupción? El remedio del mundo es el Evangelio; el vehículo del Evangelio son de ordinario las almas que lo viven, y si éstas se convierten en vehículo del mal, ¿qué será del mundo?

Con estas verdades que insinúa, parece inculcarnos aquella otra que es base de todo el apostolado cristiano. Para salvar, ante todo hay que ser sal; para hacer amar el Evangelio hay que empezar amándolo; para llevar almas a Dios hay que vivir unido a Dios. La suprema preocupación, el supremo afán de quien desea ser apóstol, ha de ser su propia santificación. La santa Iglesia ha corroborado esta enseñanza divina negando el título de Doctor a quien no junta la santidad de la vida con la ciencia por grande que ésta sea.

No es posible considerar estas enseñanzas evangélicas sin que el corazón sienta una doble inquietud, sin duda muy saludable. Esta enseñanza de Cristo también se parece a la sal, porque escuece al caer sobre las heridas del alma.

La primera inquietud es el remordimiento de no cumplir o de cumplir con descuido y desidia la obligación gravísima que tenemos de ser sal de la tierra. ¡Cuántas veces los mismos cristianos tenemos sabor de mundo en vez de sabor evangélico! Pues qué; ¿podemos negar que hasta personas que frecuentan los sacramentos se conducen, cuando salen del templo, como cualquier mundano vulgar, con las mismas frivolidades y ligerezas, con las mismas libertades y caprichos, con la misma relajación y vanidad? ¿Podemos negar que aun los mismos que han alcanzado cierto grado de virtud viven a veces sin verdadero espíritu sobrenatural, con prudencia más de carne y sangre que de Dios? ¿Podemos negar que para ciertas personas que se llaman espirituales continúan siendo idealismos irreales las grandes virtudes evangélicas? Y, sobre todo, ¿podemos negar que nuestras flaquezas y nuestras caídas y hasta nuestros escándalos hacen de nosotros todo lo contrario de la sal de la tierra?

Repasando la propia vida a la luz de estas enseñanzas divinas se levantan amargos remordimientos en nuestro corazón, que son otros tantos llamamientos de la misericordia infinita. La sal de la palabra divina escuece al caer sobre nuestras heridas para sanarlas. No la sacudamos de nosotros, sino acojámosla como medicina de nuestros males. No nos contaminemos del mundo ni condescendamos con él. Sea la generosidad y la austeridad del Evangelio el sello inconfundible de nuestra vida.

Y ese mismo sello lleve nuestro celo, pues otra de las quietudes saludables que despierta la enseñanza divina que estamos escuchando procede precisamente de que, a veces, queremos salvar al mundo sin preocuparnos como deberíamos de la sal que han de contener nuestras obras. Os ruego que escuchéis con benevolencia lo que voy a deciros, aunque sea amargo. Cuando andamos en obras de celo, ¿es siempre nuestra suprema preocupación ser nosotros y convertir a nuestros hermanos, a los que trabajan a nuestro lado, en sal de la tierra?

El tono y acento del lenguaje es a veces una revelación involuntaria de desviaciones peligrosas, y os aseguro, con todas las reservas necesarias, que el oír continuamente a las almas apostólicas hablar de cultura, de organización, de formación de selectos, de técnicos y otras cosas parecidas, y no oír las con tanta frecuencia hablar de virtudes, sobre todo de las virtudes que son de un modo más directo alma de todo buen apostolado, no puede por menos de causar cierta alarma y cierto temor de sutiles desviaciones. Suenan demasiado poco la abnegación, la humildad, el desprecio del mundo, el espíritu de sacrificio y otras palabras parecidas. Más aún, si se sigue con atención el movimiento literario que acompaña con frecuencia a ciertos apostolados modernos, se percibe cierto aire de jactancia, de hiperbólica glorificación, de rivalidad insidiosa, de personalismos y de otras cosas aún más tristes, y todo ello deja un sedimento de temor en el alma, porque hace pensar que no es la suprema preocupación ser verdadera sal de la tierra. ¿Cómo puede no temerse esto de apóstoles que ponen su fuerza en títulos honoríficos más que en la humildad, que se preocupan más de rebajar a sus compañeros de apostolado que de avergonzarse de la propia miseria, que agotan su entendimiento para promover sutiles cuestiones disgregadoras con fórmulas capciosas en vez de emplearlo en esclarecer las verdades más necesarias, y que más bien parecen demoledores disimulados, como la polilla, del apostolado ajeno que colaboradores sinceros y ca-

ritativos de sus propias hermanas? Donde así falta la sencillez, la sinceridad, la humildad, la intención pura y, sobre todo, la caridad, ¿cómo puede uno estar seguro de que se cumple cuanto dice nuestro Señor acerca de la sal de la tierra?

Todo cuidado es poco para impedir las sutiles desviaciones con que el enemigo aminora la eficacia sobrenatural al apostolado cristiano.

Las dos inquietudes saludables que despierta en nuestras almas la enseñanza evangélica de hoy son, como hemos dicho, otros tantos llamamientos divinos. No los desoigamos. Es verdad que quizá nos pidan una transformación profunda de nuestra vida y nuestro trabajo; pero, por ardua que sea la transformación, no debemos impedirla; antes al contrario, debemos emprenderla confiando en el Señor y con los ojos puestos en la mayor gloria divina. No hemos de descansar hasta que seamos sal purísima de Evangelio, hasta que perdamos todo otro sabor de mundo, de egoísmo y de pasión y no tengamos otro que el de la sal evangélica.

Ser sal de la tierra no es tomar externamente la forma de la sal sin serlo. Es el corazón, es el alma lo que ha de transformarse para luego transfundir su transformación a las palabras y a las obras y a toda la conducta.

Esta transformación es la gloria del cristiano, aun en los casos en que no la ve más que Dios y no la reconocen las criaturas. Cuando es completa, es más agradable al Señor; todo el hombre tiene todo el sabor de Cristo y se va impregnando de ese sabor cuanto el hombre toca y cuanto le rodea. Por donde él pasa, pasa el Evangelio.

A esta gloria nos llama el Señor al decirnos que hemos de ser la sal de la tierra, a ella nos impulsa poniéndonos ante los ojos la triste suerte de la sal que pierde su sabor; y nosotros hemos de seguir esa vocación y ese impulso con el afán de quien busca la vida verdadera y no descansa hasta encontrarla. La alianza de la sal se establecerá así en la tierra y luego se consumará para siempre en el cielo.

*(Obras Completas del P. Alfonso Torres, S.J., Lecciones Sacras sobre los Evangelios Vol. 2, Ed. BAC, Madrid 1967, Págs. 10-15)*